manos juntas y las miradas fijas en la cruz, en medio de su adoracion estática, quizá alcanza en este momento al perdon del malvado rico que bruscamente le ha rehusado la límosna; y esa pobre y sencilla mujer arrodillada ante la imágen santa de la madre del Salvador, acaso desvia en este instante con su ardiente súplica el inminente peligro que amenazaba á una cabeza ilustre y cara. No se diga que ecsagero aquí el poder de la oracion. Aquella muchacha que custodiaba carneros en las cercanías de Nanterre, y cantaba las alabanzas y misericordias del Señor hilando con su rueca, ¿cómo ha hecho con su cayado desviar el camino al terrible Atila, ejecutor de la venganza divina? Todo el poder de Genoveva estaba en su procsimidad á Dios; y ¿quién la habia puesto en tan íntima relacion con el soberano Señor de todas las cosas? La oracion.

Y esa otra vírgen inspirada de lo alto, ¿dónde ha tomado su valor? En la oracion. Cuando iba á los campos y estaba allí sola dias enteros, oia *unas voces*. Los que oran oyen con frecuencia estas voces, pues se entabla como un diálogo entre la criatura que ruega y el Criador que escucha. Para con las almas creyentes y fervorosas, Dios no está siempre mudo: desde el fondo del tabernáculo responde á quien le implora:

"*Y mas allá de los cielos el Dios de los cielos reside.*"

Tiene este pensamiento en su majestad algo de terrible para el hombre sencillo. El teme que su oracion, que su vuelo hácia el Señor se pierdan en los espacios infinitos que separan al cielo de la tierra. El no ve, como Jacob, la maravillosa escala que comunica al valle de lágrimas con la mansion de los bienaventurados. Si él ignora cómo se establece tal comunicacion, sabe el camino de la iglesia en que ha sido bautizado, donde ha hecho su primera comunion: allí es á donde corre cuando le sobreviene un trabajo ó le atormenta una inquietud; le ha enseñado su fé que encontrará un Divino Consolador en el tabernáculo, y que va á descubrir su miseria, confiar su pesar y pedir socorro al Dios de la Eucaristía.

Nuestro Señor Jesucristo no pudo para nuestra felicidad en este mundo y la eterna en el otro, instituir nada mas consolador y adorable que el santísimo sacramento del altar.

De todas las cosas celestiales, la Eucaristía es para nuestra perfeccion, lo mas santo, lo mas eficaz y que mas nos ayuda á sacudir la corrupcion del pecado, y revestirnos de la túnica de la inocencia, que debemos llevar sin mancha para ser admitidos á las bodas eternas del cordero.

Aquellos que nos han precedido en la tierra y hoy son nuestros patrones y protectores en el reino de Dios, nos enseñan que lo que hoy poseen, lo deben al culto que tributaron á la Eucaristía; despues de haber adorado sincera y piadosamente al Dios oculto bajo las especies de pan y vino, fueron admitidos á contemplar por toda la eternidad al Señor de los señores, al rey de los reyes, al Todopoderoso, al Altísimo Jehovah, criador de los mundos, Sabaoth, el Dios de los ejércitos, en todo el brillo de su majestad, en todo el aparato de su indestructible gloria.

Decia Santa Catalina de Sena á las piadosas mujeres que vivian con ella: "cuando tengo en mi pecho el pan de los ángeles, siento dentro de mí llamas que me purifican de tal manera, que creo volver á la inocencia que tenia á los cuatro años, y entonces me encuentro abrasada de un deseo tan ardiente de la salvacion de los hombres, que daria mi vida, no solo voluntaria, sino gozosamente por cada uno de ellos."

Escribia San Ignacio á los romanos: "ya no tengo gusto por el alimento corruptible; solo tengo hambre del pan de Dios; y solo sed de la sangre de Jesucristo, bebida divina que da la vida eterna."

Es la Eucaristía un manantial donde se bebe, por decirlo así, el valor y la fuerza. Ella era en los primitivos tiempos, el preludio del martirio: en el momento que se declaraba el furor del tirano, y comenzaba á levantarse la persecucion, corrian todos los fieles á proveerse de este pan de vida, llevaban el caro depósito á sus casas; y la muerte les parecia menos terrible cuando tenian á la vista la prenda preciosa de la inmortalidad.

Encierran nuestros tabernáculos un *maná oculto, un verdadero alimento de fuertes, una prenda sensible y permanente del amor de Jesucristo.* ¿De cuánto respeto, de cuánta adoracion no debemos, pues, rodearlos? En tiempos de fé empleaban nuestros padres cuanto hay mas precioso en la tierra para formar la morada del Dios del cielo; la madera mas olorosa, el mármol mas raro, la plata mas fina, el oro mas puro se ofrecian á aquel que nos lo ha dado todo; á la manera de Salomon, que levantaba un templo al verdadero Dios, pedian nuestros abuelos á la naturaleza entera lo que tenia de mas hermoso para entregarlo al Criador. ¡Oh! si se mide nuestra fé por el celo que tenemos de adornar la casa del Señor, ¡cuán débil y lánguida se encuentra! ¿Por qué echar cálculos, por qué andar mezquinos cuando se trata de levantar un altar á Jesucristo; y cómo sabemos para escusar nuestra avaricia traer á cuento el pesebre del Salvador? ¡Qué bien recordamos entonces que el divino Hijo de María es *el Dios de los pobres, y fué su gusto pasar su peregrinacion en la pobreza!* No le damos entonces los demas títulos que le pertenecen; no lo saludamos con los nombres de *Emmanuel, Hijo muy amado del Altísimo, rey de los siglos y de los cielos, Señor soberano de los tronos y de las dominaciones, de las potestades y de las virtudes, de los ángeles y de los arcángeles*.... Buscamos apelativos menos magníficos, como para vernos obligados hácia él; preferimos decir el hijo adoptivo del carpintero José, al descendiente del rey David; tanto así tememos vernos obligados á emplear algun lujo, alguna suntuosidad cuando le dedicamos un tabernáculo. Guardamos el lujo para nuestras casas, y decimos bien claro: "que en la casa de Dios solo se necesita limpieza, sencillez y decencia." Estas tres palabras aplicadas á las iglesias, han sido empleadas por la

tibieza y por una fé rebelde. La fé sincera, viva y eficaz pide mas que esto.

Si creeis sinceramente y en el fondo de vuestra alma; si veis con los ojos de la fé á nuestro Señor Jesucristo en el sacramento del altar, como veis con los del cuerpo al sol que os calienta y alumbra; si teneis tal conviccion de esta realidad que seais capaces de sellarla con vuestra sangre; si amais al Dios que cual consolador y humano ha venido á habitar cerca de vos, no sereis tan frio ni tan mezquino para con él. El amor da mas; la fé calcula menos.

Si es sabiduría obrar así con Dios que con tal liberalidad nos da todo, me alegro que nuestros padres hayan sido tan poco sabios, porque su locura, *la locura de la Cruz*, les ha hecho dotar al mundo cristiano de maravillas que la sabiduría de hoy no sabe emprender. Vamos, pues, á postrarnos bajo las bóvedas santas que han levantado y consagrado al Rey del cielo y de la tierra, al monarca de los ángeles y de los hombres, y á la Vírgen consoladora de los afligidos y refugio de los pecadores; arrodillémonos sobre las losas que cubren los huesos de nuestros padres, y levántese nuestra oracion ante los tabernáculos de donde les vinieron durante su peregrinacion socorros y consuelos. Es el mismo Dios el que allí reside, y jamas se agotan los tesoros de su misericordia.

El hombre oprimido por las pasiones no respirará sin la oracion. Venga, pues, con frecuencia á la fuente de las aguas vivas; allí encontrará su alma refrigerio y consuelo; y abriendo su corazon al que lo ha formado, alcanzará del divino consolador, las gracias y el socorro que necesita para vencer sus malas inclinaciones.

Para traer á la religion á los que han despreciado muchos años sus prácticas y deberes, han establecido los pastores de las almas, medios piadosos á que recurran de cuando en cuando; *las misiones, los retiros, los ayunos, las penitencias, las plegarias públicas, las peregrinaciones y los jubileos.* Es verdad que todas estas cosas santas, obran conversiones sinceras y brillantes; pero es preciso persuadirse que nada ayuda mas á mantenernos en el camino de la perfeccion que las visitas al Santísimo Sacramento. Así es que en los paises de fé, cuando recorren las ciudades y las campiñas, no se puede entrar en iglesia alguna en que no se encuentren almas piadosas entregadas al reposo de la oracion. En muchas parroquias se establece una adoracion perpetua, y son mas benditas que las otras; allí el rocío cae mejor, los lucros son mas fértiles, mejor pagados los sudores del aldeano, mas feliz la familia, la paz menos turbada, la juventud mas dócil, la infancia mas pura, y el párroco mejor recompensado por su vigilancia y celo.

Cuando se reflecsiona esto, no puede ser de otra manera; porque cuando el hombre aspira á Dios, Dios lo inspira; y á quien el Espíritu Santo ilumina, lleva buen camino; los perversos se hacen menos malos acercándose á los justos; ¿qué será cuando vengan á refugiarse cerca del mismo Dios, y orar en medio de la deliciosa paz que reina en los santos tabernáculos? Las velas, los relicarios, los vasos de oro y plata que sirven á los misterios sagrados y pertenecen á los altares, se impregnan del incienso que allí se quema. Lo mismo sucede á nuestras almas; toman olor de santidad en el Santo de los Santos.

¡Oh! ¡Cuánto inspira el santuario á la piedad? No se *familiariza* el sacerdote que lo sirve con el Dios que allí reina, pues faltaria al respeto y adoracion debidos. Cuando allí no brillan el oro y la plata, cuando la magnificencia se ausenta, cuando no ha venido el arte á embellecerlo con sus maravillas, deben entonces el órden, el cuidado y la limpieza, levantando la fé, reemplazar la pompa y el brillo. Si el presbítero es pobre, tendrá al menos flores en su jardin, que se recojan y coloquen en ramos sobre el altar del Dios que las ha hecho nacer y brillar. El mantel de lino fino, (obra de las tejedoras de la parroquia) sea limpio y sin mancha, como el vellon del cordero. Allí debe tenderse al Dios de toda pureza como víctima de propiciacion; no encuentra allí jamas el ojo la menor mancha; sea la luz de las velas viva y clara como la fé que no está dormida; la lámpara colgada ante el Dios de la luz brille por la limpieza, y su llama, que como nuestro amor nunca debe apagarse, resplandezca noche y dia como la estrella del santuario, como la estrella que muestra dónde está Dios.

¡Oh! ¡Cuántas veces me he puesto á envidiaros esa pequeña flama que una mano pura debe alimentar cada dia con aceite claro y limpio; flama que los vientos desencadenados del mundo no agitan; flama que arde ante Dios y se estingue en su presencia, sin dejar tras de sí una señal del lugar en que ha brillado! Entre las suaves delicias de un santuario, es menester colocar el silencio en que descansa al mismo tiempo el oido y el espíritu, y que con su calma deja paso libre al vuelo religioso. En la completa ausencia de todo ruido esterior, el alma está en toda su libertad; y sin el peso de las distracciones mundanas, se siente con alas para subir hasta Dios.

Hijo de la nueva tribu de Levi, vos que habeis jurado vuestra fé á la iglesia como á una esposa, alejad de su santuario todo lo que hay de ruidoso; los jóvenes que presentan al altar el vino del sacrificio y el incienso que debe zahumar la iglesia durante las ceremonias sagradas, no deben tener allí nada de la disipacion é inquietud de su edad; su traje sea limpio y decente, y su postura tranquila y respetuosa. Cuando columpian ante el altar la urna flotante de los perfumes, cuidad que el incensario no esté vacío ni frio, como un corazon sin amor; brille el fuego para recibir y quemar el incienso que allí echais, para que en humo y buen olor, suban nuestras oraciones hasta el Dios del tabernáculo (1).

(1) Hoy en la mayor parte de los santuarios de Paris se economiza mucho el incienso; casi ya no humea. Los turnoferarios ya no agitan ante el altar mas que incensarios sin fuego y sin perfume. Los jóvenes coristas muestran en sus evoluciones, en sus genuflecsiones y en el movimiento de sus urnas flotantes armonía y habilidad; pero entre todo esto no se ve la mas pequeña nube de humo, no se eleva el mas ligero perfume, ni se encuentra aquel *olor del*

Las pasiones se han apoderado de las bellas artes. Es menester traerlas á su verdadero orígen. Las estátuas de los ángeles y santos colocadas bajo las bóvedas sembradas de estrellas, y cerca del altar, sean tales que no produzcan sino buenos pensamientos. Allí están para inclinar nuestro espíritu á las cosas santas: haced de manera que no produzcan un efecto contrario.

Sí, es menester repetirlo hoy; los hombres que tienen encargo de velar sobre la construccion y administracion de las iglesias, deben penetrarse mas y mas, del verdadero espíritu católico. Fuera de esta, no hay iglesia segun el corazon de Dios; algo de estraño pasa en este tiempo en el mundo; menester es aprovecharlo. Al fin del siglo diez y ocho el filosofismo fruncia las espaldas al ver poner la primera piedra de una iglesia. En su odio y orgullo, repetia: *¿para qué sirve construir un templo cristiano? "Acabó la época del cristianismo, y ha comenzado la de la razon."* Tambien se decia en aquellos dias: *¿para qué es elevar iglesias á Dios? ¿No es el universo el mas hermoso de los templos? Bajo la bóveda del firmamento, y no bajo una bóveda de piedras, se le debe adorar; no en un estrecho recinto, sino frente á frente de lo infinito, debe el hombre prosternarse á Dios."*

En nuestra época se piensa y se habla mejor; la esperiencia es un gran maestro. Hace medio siglo que mirando la Francia y la Europa lo que valen las obras de los volterianos y racionalistas, miran con desprecio sus mas bellos sistemas. Los reyes y los pueblos han probado cuánta amargura, decepcion y desgracias se encuentran bajo sus bellas mácsimas y palabras sonoras; ha llorado tanto el mundo, y tanto se ha desangrado, que ha vuelto á la fé, y hoy por todas partes se erigen, se agrandan, se restauran, se construyen iglesias.

Lo que importaba á los primeros cristianos era tener al Señor Jesus en medio de ellos, hacerlo residir como un divino huésped y protector poderoso en su familia y bajo su techo. San Clemente de Alejandría y Tertuliano, nos dicen que en las asambleas de los fieles, terminado el sacrificio, era permitido llevarse á su casa un fragmento del pan eucarístico.

Encontramos ejemplos de esta costumbre en las actas de Santa Indis, de Santa Dona, en Surio, y en las actas de Santa Eudoxia; llevaban los anacoretas y ermitaños á su soledad la Eucaristía bajo la especie de pan para nutrirse á medida que pasaba el tiempo, guardándola respetuosamente en relicarios de madera.

"Al acercarse la persecucion, dice el autor de la historia de los Sacramentos (1), era cuando se hacia provision del alimento sagrado, pues prefiriendo los enemigos del cristianismo á los pastores á quienes pertenecia consagrar, temian con razon los fieles ser privados del celestial alimento, y le llevaban con este temor á sus casas, para fortificarse recibiéndolo diariamente y así preparándose al combate."

"Otra razon de esta costumbre era que habia muchas ciudades en que solo se celebraba una misa, á la cual, no pudiendo asistir todos los cristianos, habia precision de llevar la Eucaristía á los ausentes."

Un jóven acólito, cuya feliz muerte he leido en el Martirologio, y cuyo nombre, inscrito en los anales del cielo, ha ocurrido hoy á mi memoria, tenia el encargo de su pastor de llevar en medio de una cruel persecucion, el pan que da la vida eterna á un santo anacoreta agonizante. Lleno de celo y de valor se pone en camino ocultando en su pecho al Dios sacramentado.

Lo encuentran en el camino unos paganos, lo detienen y piden todo lo que traiga consigo.

—"Nada tengo que entregaros, responde el adolescente.

—"Tú traes lo que llamas *tu Dios*, gritan los idólatras blandiendo los palos sobre su cabeza.

—"Nada tengo que entregaros, repite el cristiano; y desprendiéndose de uno de ellos, quiere huir. Pero en este instante recibe multitud de golpes, que lo dejan en el suelo ensangrentado y moribundo.... Invoca entonces al Señor Jesus y á su ángel custodio.

Se le aparece el ángel custodio, é inclinándose hácia él entreabre la túnica del viajero, toma el pan consagrado, y dice al piadoso acólito: "Rompe este pan en dos partes; come esta, y voy á llevar la otra al ermitaño á quien te dirigias. Mañana, ambos fortificados con el celestial alimento, os encontrareis en el reino de Dios; él con sus virtudes y el mérito de sus largas austeridades, y tú con tu valor, tu fé y tu inocencia."

Refiere San Cipriano un hecho que prueba que ecsistia en su tiempo el uso de conservar en las casas la sagrada Eucaristía, y demuestra cuán peligroso es acercarse indignamente á este terrible misterio.

"Una mujer, dice, queriendo por curiosidad ó algun otro motivo, abrir el relicario en que se hallaba *el Santo del Señor* (*Sanctum Domini*), y habiendo estendido sus manos profanas para tomarlo, fué rechazada violentamente por un brazo invisible, y vió, con gran terror, salir llamas, con un ruido semejante al de la tempestad. La desgraciada, que despues de haber pecado no habia vuelto á la gracia de Dios, se salvó por un sacrilegio."

No solamente se guardaba la sagrada Eucaristía en las casas, sino que se llevaba consigo en los viajes. Era tan grande la confianza de los cristianos en el sacramento de los sacramentos, que no querian separarse de él. Los hijos no están contentos sino cuando su padre está entre ellos. Los niños lloran cuando no ven á la madre.

Tenian los obispos de los primeros siglos en señal de fraternidad y union, la costumbre de enviarse unos á otros el pan eucarístico, y no solamente de lugares cercanos, sino entre países muy remotos. Se ve en una carta de San Irineo al papa Victor, que amenazaba escomulgar á los obispos de Asia que no se conformasen con los usos de su iglesia en la celebracion de la Pascua, sino que, sobre este punto de disciplina, seguian lo que decian haber oido del mismo apóstol San Juan, principal fundador de las iglesias de Asia, donde murió mucho tiempo despues de los otros apóstoles. Queriendo San Irineo en esta carta inspirar al papa Victor sentimientos mas pacíficos, le representa humildemente, que al separarse así de la comunion de los asiáticos, se desviaba del ejemplo de sus predecesores que habian sabido conservar armonía entre las dos iglesias de Dios, no obstante la diferencia de disciplina que deseaban traer á la uniformidad. Agrega: "para probar la union de los corazones y de los espíritus que reinaban entre ellos y los obispos de Asia, *les enviaban la eucaristía. verdadero símbolo de union, el mas perfecto que pueden emplear los cristianos para hacer ver que son hermanos.*" (1)

"Este envío no podia hacerse entonces sin grandes inconvenienres, sobre todo, en tiempo de persecucion; aun cuando la Iglesia estuviese en paz, siempre este divino sacramento estaba espuesto á accidentes tempestuosos y graves irreverencias. Por esta razon el concilio de Laodiceo prohibia este uso á principios del siglo cuarto."

Pero como habia un gran pensamiento de union en esta costumbre, siempre algo quedó de ella. En vez del pan sagrado de la Eucaristía, se enviaban recíprocamente los ministros del altar en las grandes fiestas del año, pan comun que llamaban *eulogias*, por razon de la bendicion que se unia á la oracion.

San Gregorio Nacianceno habla de los *panes blancos señalados con una cruz que tenia costumbre de bendecir*. San Paulino envió á San Agustin uno de estos panes, y otro á San Alipo, obispo de Tagasta, escribiéndoles: *recibidlos en espíritu de caridad, y haced de ellos eulogias.*

Aun hoy en nuestra ciudad, y sobre todo en los campos, cuando algun miembro de la familia no puede venir por causa de enfermedad á la misa mayor parroquial, sus parientes le traen el pan bendito, marcado en su corteza con la señal dorada de la cruz.

Al escribir esto, tengo esperanzas de que haya muchos cristianos que gusten, como yo, de hallarse ligados los usos de nuestros dias á las costumbres de los tiempos antiguos. Ayer, al recibir mi pedazo de pan bendito en la pequeña iglesia de Chaumont-sur-Loire, pensaba en San Gregorio Nacianceno, y al traves de los siglos lo veia haciendo la señal de la cruz sobre el pan que bendecia. El *Credo* que se cantaba y yo cantaba tambien, habia sido cantado por él.... ¡Oh! ¡cuán bueno, cuán dulce es rogar uno con la oracion de sus padres! ¡Cuánto compadezco á los hermanos que se hallan separados de nosotros, y no tienen nuestro antiguo símbolo!

El hombre que vive bajo el techo en que ha nacido, y que nada llama la atencion fuera del campo paternal, no puede decir con certeza, al ver levantarse el sol sobre su heredad: "Aquí mismo lo veré ocultarse." El viajero que atraviesa tierras y mares desconocidos, tiene aun mas incertidumbre de ver acabar el dia que ha comenzado; por eso nuestros padres, preocupados de los peligros que surgen en la senda del hombre á quien el deseo de la ciencia ó de la fortuna alejan de su país natal, querian que el *cuerpo del Señor* les acompañase en sus viajes; con su fé viva, con su piedad ardiente, era para ellos un salvaguardia omnipotente contra los peligros de cuerpo y alma á que se espone diariamente el que se aleja de todos los suyos en una tierra estraña.

Refiere San Ambrosio, en uno de sus escritos, que su hermano Sátin, que no era mas que catecúmeno, hallándose en el mar en una tormenta horrible, mirando á todos los cristianos á bordo recibir la sagrada Eucaristía, suplicó á uno de ellos le diese una parte del sagrado cuerpo de Jesus, no para comulgar como ellos, pues no habia recibido el bautismo, sino para llevarla sobre sí, como una salvaguardia contra el furor de las olas. Pedia con tantas lágrimas, insistia con tanta fé, que sus ruegos fueron escuchados: y se le dió un fragmento del pan consagrado: lo hizo atar en un lienzo (2), sobre su pecho, y lleno de confianza en el Dios que calma las tempestades, se lanzó al mar buscando solamente alguna tabla ú otro objeto fuera del buque que flotase sobre las aguas para afianzarse de él; tan seguro estaba del socorro divino por la prenda que llevaba consigo.... Su esperanza no fué engañada.

San Gregorio el Grande refiere un hecho semejante en el libro tercero de sus diálogos. San Birin, obispo de Dorcestre, á quien envió Honorio á la Gran Bretaña, recibió de este papa la palia sobre que consagraba el cuerpo de Jesucristo, en que lo envolvia y llevaba colgado de su cuello. Se observaba principalmente esta costumbre en las islas británicas. La introdujo San Bonifacio en Alemania; ordenó en sus estatutos que jamas viajasen los monjes sin la Eucaristía, y que siempre llevasen los sacerdotes consigo en campaña el oleo de enfermos, el santo crisma y el sacramento del cuerpo de Jesus.

Establecieron el mismo uso en Francia, los discípulos de San Columbano. Tenia costumbre de conservar en un vaso llamado *crismal* una parte de la hostia á que daban el nombre de *sacrificio*, y la llevaban consigo en todas sus peregrinaciones.

Habiendo ofrecido Adalberto de Praga el divino sacrificio, mandó reunir todo lo que quedaba, y envuelto en un lienzo muy blanco, lo guardó para servir de *viático*, es decir, para llevarlo en los viajes que emprendia para la conversion de los paganos.

Este santo apóstol de la Hungría, Polonia y Prusia, sufrió el martirio en el siglo décimo. Así, pues,

---

paraiso que era antiguamente perenne en nuestras iglesias. Los ornamentos de los sacerdotes, las albas, las casullas, las dalmáticas, las capas, son mas bellas y ricas que lo eran hace medio siglo; pero los perfumes benditos que Dios ama y ordena, sen demasiadamente economizados.

(1) Padre Chardon, pág. 156.

(1) Hist. de los sacramentos. vol. XI, pág. 215.

(2) [Un pañuelo] *linteum absiargendes facici destinatum.*

en este tiempo se recordaba la Eucaristía como *pan del viajero*. De aquí ha venido el nombre de *viático*.

Santo Tomás de Cantorbery, al ir á encontrar al rey Enrique segundo para defender los derechos de la santa Iglesia católica, llevaba secretamente consigo *el cuerpo del Señor*. Para no acobardarse ante el monarca ambicioso, quiso ir acompañado del Dios de los mártires.

Cuando se ponia en camino el rey Roberto, de piadosa memoria, hacia preparar ante todo un carro en que fuese la suntuosa tienda del divino ministerio, y cada vez que se paraba en alguna parte, la hacia bajar y depositar el cuerpo sagrado de nuestro Señor. *Deponebantur ibi sancta.* "Con el objeto, dice Helgaud, monge de Fleury, que la tierra, que pertenece al Dios que la ha criado, y á todo lo que le adorna, tribute al Señor homenaje y adoracion.

Luis IX, volviendo de su primera cruzada, trajo á Francia la sagrada Eucaristía que el nuncio del Papa le habia permitido llevar mas allá de los mares. He aquí lo que yo he escrito en la *Historia de San Luis y de su siglo.*

"El navío en que iba el monarca, tenia á bordo ochocientas personas, entre otras muchos sarracenos bautizados. El fraile Hamond, caballero del Templo, mandaba el equipaje. La reina y sus hijos ocupaban el castillo de popa, donde estaba la capilla en que el legado habia permitido esponer la sagrada Eucaristía; unas religiosas tenian sus cámaras bajo la de la reina, y desde allí muchas veces al dia y á la noche elevaban sus cánticos y fervorosas plegarias por Francia á la que regresaban, y por Palestina de que se alejaban con tristeza del corazon."

Parece que de entonces data el privilegio del Papa de llevar ó permitir la Eucaristía en un viaje. Segun el cardenal Bonald, á principios del siglo diez y ocho, cuando emprendia el Santo Padre un viaje fuera de Roma, se acostumbraba llevar el Santísimo Sacramento escoltado magníficamente.

En el libro de las ceremonias romanas se lee que el *Cuerpo del Señor* está respetuosamente encerrado en una caja de cedro forrada de láminas de oro y llevada por un prelado montado en un caballo blanco ricamente enjaezado.

En los tiempos de que acabo de citar algunos usos que atestiguan una fé viva y práctica, los caminos que seguia el viajero, las campiñas, los desiertos, los bosques que tenia que atravesar, estaban muy distante de ofrecerle los recursos que hoy por todas partes se encuentran. En nuestros dias el católico que se aleja de la parroquia nativa, hallará por todas partes hoteles espirituales siempre abiertos, quiero decir, la casa de Dios, la casa de oracion. Así que ya no es necesario llevar consigo la divina Eucaristía. Está, para consuelo de los fieles, en todos los tabernáculos, á fin de que pobres y ricos, felices y desgraciados puedan venir á adorarla.

Recordemos á nuestros padres, seamos creyentes como ellos; muchas veces se les veia salir de su país, abandonar su fortuna, separarse de la madre, mujer é hijos, para ir á visitar y venerar la tierra señalada con tantos milagros, y regada con la sangre del Redentor. El cristiano fervoroso deseaba entonces conocer cada lugar que se habia hecho célebre por sus milagros, por sus beneficios referidos en los santos Evangelios.

Entre todos los valientes guerreros que llevaban la cruz sobre el pecho, y habian hecho voto de rescatar el santo sepulcro, casi todos conservaban el recuerdo de sus pasados estravíos, y querian que su fé y valor les alcanzasen el perdon.

Aquel que en su país natal se habia fugado en su tierna edad de la casa paterna, al llegar á la Judea se apresuraba á visitar la casa de que se huyó el hijo pródigo para ir á disipar su patrimonio; deseaba ver el suelo en que el padre habia estrechado á su hijo arrepentido contra su pecho, rebosando de alegría, y la sala del banquete en que se comió la robusta ternera.

Otro preguntaba cuál era el campo en que Jesus habia propuesto la parábola del buen pastor y de la oveja descarriada.

Este deseaba besar el suelo en que habia escrito el Dios de la misericordia el perdon de la mujer adúltera.

Aquel corria á sentarse en la *montaña* en que el Hijo del hombre habia dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

Todos querian ver las sendas por donde habia caminado, *haciendo bien*, curando á los cojos, dando oido á los sordos, palabra á los mudos, vista á los ciegos, y vida á los muertos.

Todos corrian á prosternarse en el establo de Betlehem, en la casa de Nazaret, en el monte de los Olivos y en las rudas asperezas del Calvario. Al visitar nuestros padres todos estos lugares, (1) se sentian dominados de un santo regocijo; derramaban sobre esta dichosa tierra lágrimas de ternura y religion. Les recordaban este espectáculo y estas imágenes, el tiempo, las acciones y misterios de Jesucristo, encendian su ardor y consolidaban su fé. Allí encontraban los pescadores una dulce confianza, los débiles nueva fuerza, y nuevos deseos los justos.

Para encontrar todos estos recuerdos, todas estas emociones, toda esa confianza y esos deseos, no necesitamos ir tan lejos, no atravesar los mares, no dejar nuestras familias ni el suelo natal.... ¡La salud está muy cerca!.... Corramos á nuestros sagrados tabernáculos; abramos los ojos de la fé; miremos bien nuestros altares, que allí verémos á Jesucristo tal como lo vieron sus discípulos y apóstoles recorrer la Judea, enseñando en los campos, predicando en la montaña, apaciguando la tempestad sobre las aguas, y revelando su misericordiosa bondad en todas las acciones, en todos los milagros de su vida.

Hemos dicho antes que puede ser definida la sagrada Eucaristía: *el sacramento del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies*

(1) Massillon, pequeña cuaresma

de pan y vino, instituidos por el Divino Salvador para ser alimento espiritual de nuestras almas.

Segun esta definicion, hemos tratado de referir los consuelos, los beneficios, las celestiales esperanzas que emanan de la Eucaristía, sobre los que lo adoran con pureza, fé y amor. Hemos tratado de mostrar que la fuente de toda perfeccion, demuestra que la garantía de nuestra felicidad eterna en la otra, se halla en nuestros tabernáculos.

Recordamos ahora, sobre este divino asunto, algunos antiguos usos de la primitiva Iglesia.

En los primeros siglos traian los mismos fieles su ofrenda ú oblacion; la depositaban invocando el nombre del Señor, sobre la mesa ó altar en que iban á ser consagrados el pan y el vino. Los apóstoles prohibieron colocar allí cosa alguna estraña á la celebracion del sacrificio, escepto sin embargo, las espigas de la nueva cosecha, los racimos, primicias de la viña, el aceite de las lámparas, y el incienso para los perfumes.

El tercer concilio de Cartago separó estas cosas de la oblacion de los fieles, (1) mandando que en la celebracion de los misterios solo se ofreciese pan y vino mezclado con agua. En lo sucesivo se determinó que lo destinado á los clérigos, á los pobres y á las viudas, se ofreceria aparte antes de la misa, ó al menos antes de la lectura del Evangelio, y lo que habia de ser materia del sacrificio, en la ceremonia que ha conservado el nombre de *Ofertorio* ú *Oblacion*. "Se ha querido, dice el docto historiador de los sacramentos, sin duda, por este medio, desterrar los abusos que se habian introducido y cortar de raiz la vanagloria de aquellos que para atraerse los aplausos de la multitud, hacian donaciones estraordinarias al altar para tener la satisfaccion de oir recitar sus nombres por los ministros sagrados juntamente con la lista de dones que ofrecian."

San Gerónimo (2) esclamaba con este objeto: "vemos á cristianos que nada tienen de la humildad de su divino Maestro, y vienen á oprimir á los pobres hasta las gradas del altar, ofreciendo á Dios y á los desgraciados con ostentacion el producto de sus rapiñas y usuras."

He aquí cómo se hacian esas oblaciones. Se verificaban mientras el coro cantaba los versículos del Ofertorio. Primero venian los hombres, despues las mujeres, llevando todos sus ofrendas de pan y vino sobre un mantel blanco. El obispo recibia los dones, que se colocaban por el subdiácono sobre un mantel tenido por dos acólitos. El arcediano derramaba el vino ofrecido en un gran cáliz, que cuando estaba lleno se colocaba en el altar.

El obispo entonces se sentaba en su gran silla, se lavaba las manos, volvia al altar, se inclinaba, lo besaba, recitaba una oracion, y recibia solamente en pan, la oblacion de los sacerdotes y diáconos que pueden acercarse al altar.

Tal era la manera con que se hacia en otro tiempo la oblacion. En seguida el arcediano, segun el órden romano, ponia sobre la sagrada mesa, tantos dones ofrecidos, *Oblata*, cuantos se necesitaban para la comunion del pueblo, ó bien los presentaba al obispo, que los colocaba allí, y echaba al traves de una coladera el vino en el cáliz que debia servir para la consagracion.

Un subdiácono recibia del primer chantre la vinagera del agua, *fontem*, y la traia al arcediano que la derramaba en forma de cruz en el cáliz, colocando este sobre el altar, ante el pontífice á la derecha del altar cerca de las oblaciones. (3)

Los cristianos que sucedieron á los apóstoles, recibian la Eucaristía despues de la *agapa*, hecha en comun en nombre de Jesus; banquete de caridad y union, á que contribuian principalmente los ricos, y eran invitados los pobres. En la última pascua, no consagró el Hijo de Dios el pan y vino, sino hasta el fin de la cena Pascual; y los apóstoles no recibieron el cuerpo y sangre del Salvador, sino despues de haber comido su parte de cordero inmolado. Siguieron este ejemplo los primeros cristianos, y solo comulgaban despues de la *agapa* durante el canto de los salmos.

Tertuliano describe de esta manera aquellos banquetes de la tierra, dignos de los habitantes bienaventurados del cielo. "Ahí se viene, dice, con el amor de Dios y del prójimo en el corazon; se sienta uno con modestia, y despues de agradecer al Señor los bienes que nos da, solo se come lo necesario para satisfacer el hambre, y se bebe lo que corresponda á cristianos que aman y quieren guardar la castidad. Se sacia uno allí de tal suerte, que se acuerde deber adorarse á Dios durante la noche; y se ocupa uno de conversaciones de que se sabe Dios es testigo... Allí se invita á cantar en alabanza del Señor, algun cántico tomado de la sagrada Escritura. La oracion termina el festin; de allí se retira uno, no para ir á cometer asesinatos, ó entregarse á la prostitucion, sino para dedicarse á vivir en la modestia y con pudor, de suerte que parece que mas bien se ha venido á aprender á vivir que á saciarse." (4)

Los israelitas comian parados en la pascua; tambien comulgaban parados los primeros cristianos. He aquí el antiguo ceremonial.

Llegado el momento solemne de la comunion, colocado un diácono sobre una plataforma ó púlpito, pronunciaba en alta voz estas notables palabras:

SANCTA SANCTIS.

Las cosas santas para los santos. Esto era dar á entender á los concurrentes que no debian acercarse á los tremendos misterios los que no se hallasen puros.

(1) Padre Chardon, hist. de los Sacramentos, vol. II.
(2) Exequiel cap. VIII.
(3) Padre Chardon hist. de los Sacramentos.
(4) Tert. Apol. c. XXXIX.